

LA ESPAÑA DE GASSET

Somos –decía el cuñado del barrendero– un país de envidiosos y chismosos; de gritones y verduleros; de informales y festeros; de listos y de tontos; de payos y gitanos; de nobles y plebeyos; de Sanchos y Quijotes



Tribuna

Abel Ros

► Sociólogo.
Autor del blog *El rincón de la crítica*

Desde hace años tengo un especial interés por la Generación del 14. Las obras de aquellos intelectuales retrataron una Hispania muy similar a la de hoy. En su obra: *España en el Crisol*, **Luis Araquistáin** describe la patología del alma española. Un país –decía este ilustre escritor– con una enorme falta de espíritu público; con una mezquina búsqueda de interés personal; con un odio al pensamiento y la cultura; con un altísimo escepticismo político y, con una hostilidad a todo esfuerzo que no merezca rendimiento inmediato. **Ortega** –su compañero de café, en el Ateneo de Madrid– criticó al periodismo de partidos y luchó por instaurar un modelo basado en la pedagogía social. El periódico, decía el autor de «las masas», debía ser un maestro de papel para adiestrar a sus alumnos –los lecto-

res– en las artes democráticas. Las élites intelectuales eran las únicas capaces de llevar a cabo reformas en el seno de los centros. Estos señores, en discrepancia con **Marx**, no defendían una revolución desde abajo sino todo lo contrario: un cambio social desde arriba; desde los cuellos blancos y los taquígrafos del conocimiento. La transformación consistía en «europeizar a España». Europa era la panacea a todos nuestros males; lo mejor, decían, para salir del agujero.

Hoy, cien años después de aquellas mentes inquietas, la España que nos mira; es similar al país de «pandereta» que tanto criticó Gasset en *El Faro de Madrid*. Somos –decía el cuñado del barrendero– un país de envidiosos y chismosos; de gritones y verduleros; de informales y festeros; de listos y de tontos; de payos y gitanos; de nobles y plebeyos; de **Sanchos** y **Quijotes**. Somos –cuánta razón tenía la nieta de los rojos– un país de acomplejados; de europeístas frustrados; de mediocres mitineros; de chorizos con corbata; de futboleros domingueros; de cultos de taburete; de cafés y carajillos. Somos –no me cansaré de repetirlo– un país de dimes y diretes; de **Kikos** y **Pantojas**; del ¡viva el vino y las mujeres!; de ruidos y pancartas; de madridistas y catalanes. Una España de **Marhuendas** y **Ramoncines**; de rumbas y sevillanas;

de tacones y cinturones. Somos, una España de miedos y temores. Un país que esconde entre sus cojines las frustraciones enquistadas de cuarenta años de nodos; de rombos y tricornos.

Son, precisamente, las angustias nacionales por el sambenito que nos cuelga, las que envuelven al ciudadano en un manto de mediocridad que le imposibilita ver la luz al final de los barrotes. Las marcas personales o, dicho de otro modo, la construcción de nuestros sueños, se nutre de liderazgo y autoestima. Liderazgo para conseguir que los otros confíen en nosotros y, autoestima para que nosotros nos creamos lo que somos. Sin estos dos ingredientes nunca reproduciremos, el país que dibujaron nuestros padres y abuelos en los tiempos de **Suárez**. Así las cosas, España se ha convertido en un país periférico como lo fue –y es– África en los tiempos napoleónicos. Un país, les decía, sin líderes y sin el carisma necesario para entusiasmar e involucrar a una sociedad enferma de autoestima. ¿Dónde están los intelectuales?, ¿dónde están líderes de la República?, ¿dónde están los poetas? Muertos, contestó la criada. En días como hoy, no queda nada de las sabidurías inculcadas por los ilustres del Ateneo.

Hoy, siento frustración por las cenizas de la indignación. Las pancartas y el ruido han demostrado que no son condición suficiente para cambiar las mayorías. Para cambiar las cosas –en palabras del anónimo– es necesario agotar todas las fórmulas democráticas. No podemos consentir que en los

periódicos de la mañana, siempre sean los mismos quienes opinan y dominan a las masas. La prensa debe abrir sus puertas a nuevas voces; hambrientas de discurso pero, desiertas de altavoz para transmitir sus mensajes. No podemos permitir, perdonen que me repita, que se pierdan las tertulias de Gijón; los rincones de Madrid y los debates de **Sijé**. El contraste de opiniones es el mecanismo que nos llevará hacia las orillas de la tolerancia. Dialogar sin la etiqueta. Dialogar, alejados de los prejuicios; es el camino para romper, de una vez por todas, el estigma de las dos Españas que nos cuelga desde los tiempos de **Francisco**.

Grito «no» a la política mitinera y critico hasta la médula la España de pandereta. Una España de hojalata, en palabras del idiota, sin camino ni destino. Es necesario alzar la voz, escribir para educar, como diría Gasset si me leyera. Y, sobre todo, escribir como medio para construir un discurso culto alejado de los taburetes y los bares. Hay columnistas, cierto, muchísima gente que escribe pero, queridísimos lectores y lectoras, el buen escritor es aquel que dice lo que piensa, sin pensar en sus lectores, ni siquiera en sus detractores. Solamente así, de esa manera, desde la libertad de las plumas, conseguiremos derrumbar las columnas ideológicas que sostienen el poder. Después de una larga vida soñando con Europa, Ortega cambió de opinión y abogó por «españolizar Europa». Españolizar a los otros o, dicho en otras palabras: conseguir ser el referente, es el camino para evitar que el antiideal africano se apodere de nosotros. Si no lo logramos, si no conseguimos españolizar a Europa seremos –casi lo somos– un país de pandereta, similar a la España de Gasset.

NI ROBÓ NI MATÓ, VÓTALO



Opinión

Gerardo Muñoz Lorente

► Historiador

En agosto de 1991 visité la República Dominicana. Guardo muchos recuerdos de aquella estancia en la antigua isla de la Española, pero sobre todo hay uno que se me quedó grabado con fuerza en la memoria. El año anterior había habido elecciones presidenciales y tanto en las carreteras como en las ciudades se veían todavía carteles electorales en los que se leían los eslóganes de los diferentes candidatos y partidos. Entre ellos había uno que me llamó muchísimo la atención. Decía: «Ni robó ni mató. Vota a **Bosch**».

Aquel eslogan me sorprendió y, casi, casi, me escandalizó. ¿Cómo podía ser

que un candidato a presidir el Gobierno de un país presentase como su mejor aval el no haber matado ni robado? Solo en una república bananera podía verse algo así, pensé cuando vi por primera vez aquel cartel. Apenas tres meses antes se habían celebrado elecciones municipales y autonómicas en España, y no podía imaginarme a un candidato español pidiendo el voto con un eslogan semejante. Afortunadamente, me decía, en España la democracia estaba consolidada y los políticos españoles se presentaban a las elecciones con propuestas y méritos mucho más civilizados que aquellos otros de no haber matado ni robado.

El eslogan de Bosch tenía su razón de ser, naturalmente. Una vez acabada la larga y cruenta dictadura de **Trujillo**, los dominicanos eligieron democráticamente en diciembre de 1962 al escritor **Juan Emilio Bosch Gaviño** como presidente de su país, quien tomó posesión de su cargo en febrero del año siguiente. Pero su mandato apenas duró siete meses. En septiembre de 1963 fue derrocado por un golpe de Estado militar. Marchó al exilio durante unos años y, tras regresar a la República Dominicana, volvió a presentarse como candidato a presidente en 1978,

1982, 1986, 1990 y 1994. En las penúltimas no ganó porque el resultado fue amañado a favor de **Joaquín Balaguer**. Durante los siete meses que gobernó, Bosch promulgó una nueva constitución que daba a los dominicanos derechos jamás antes conocidos, pero que le granjeó la aversión de los terratenientes y de la Iglesia. Sin embargo, en las elecciones de 1990 (aquellas en las que le arrebataron el triunfo por medios fraudulentos), el eslogan con el que pidió el voto se limitó a recordar que, durante su mandato, actuó con una honestidad insólita hasta entonces entre los políticos dominicanos, pues ni mató ni robó, algo que sí habían hecho su antecesor (**Trujillo**) y su sucesor (**Balaguer**).

En estos días he recordado el eslogan de Bosch a propósito del ridículo paripé organizado por **Esperanza Aguirre** en el PP madrileño. Para ver qué concejales van a ser los nuevos alcaldes de Valdemoro y Collado Villalba, ha decidido someter a los candidatos a una especie de exámenes públicos que han resultado tan esperpénticos como vergonzosos. Los examinadores, intentando ofrecer una imagen de transparencia capaz de contrarrestar los escándalos de corrupción en los que se ha visto envuelto el PP en los ayuntamientos de dichas localidades madrileñas, formularon varias preguntas («¿tienes dinero en Suiza?» o «¿has cobrado alguna vez una comisión?») que podrían haber ruboriza-

Para ver qué concejales van a ser los nuevos alcaldes de Valdemoro y Collado Villalba, ha decidido someter a los candidatos a una especie de exámenes públicos que han resultado tan esperpénticos como vergonzosos

do a cualquier candidata a miss; y que recibieran algunas respuestas merecedoras de ser expuestas en el museo de la estupidez humana: «Ser corrupto es decisión personal, como elegir vino o cerveza», «es tan fácil (ocultar la corrupción) como que me mienta mi hijo si le pregunto si ha estudiado y no lo ha hecho», «tuve poco trato con **Granados** (cabecilla de la trama Púnica), pero vino a mi boda», etcétera.

Y digo que esta pantomima ñoña y bochornosa organizada por el PP madrileño me ha recordado el eslogan del dominicano Bosch porque nos rebaja como país a un nivel tercermundista. De prosperar la idea de Esperanza Aguirre, es muy posible que en los carteles electorales de los candidatos del PP madrileño en las próximas elecciones municipales y autonómicas leamos eslóganes del tenor de «No tiene cuentas en Suiza. Vótale» o «Prometo no cobrar comisiones. Vótame». Como si el no ser corrupto ya constituyera el suficiente mérito como para presentarse a unas elecciones. ¡Qué nivel!

Al menos el eslogan de Bosch era digno y auténtico.